
Concordia sin acuerdo

JULIÁN MARÍAS

El filósofo Julián Marías (1914-2005), discípulo de Ortega y Gasset, es uno de los pensadores españoles más relevantes del siglo XX. Entre sus numerosas obras se cuenta el ensayo *Tratado sobre la convivencia* (2000).

Avance

La exigencia primaria de la concordia es la veracidad. Las opiniones son múltiples y pueden ser erróneas; si son errores sin más, visiones desacertadas, omisiones de algo que se pasa por alto, exageraciones de algo verdadero, la veracidad no padece gravemente y tiene remedio: se puede mostrar el error y hacer que se corrija y rectifique. Otra cosa es la mentira, la desfiguración deliberada y consciente de la verdad, la perversión de la palabra. Eso hace un daño irreparable, viola los derechos de la realidad, causa heridas incurables a la convivencia. Si se examinaran con algún detalle los grandes males que han afligido a la humanidad, se vería cómo en el origen está casi siempre la mentira.

En la convivencia cabe el desacuerdo, pero es posible la concordia siempre que se respeten la libertad y la verdad y se eviten los fanatismos. Estos aparecen cuando alguien «inventa una realidad inexistente» y se aferra a ella sin admitir otra posibilidad. La condición de la concordia es el escrupuloso respeto a la verdad, a la estructura de la realidad, insiste Marías; la concordia no se identifica ni con la homogeneidad ni con la unanimidad.

Los quebramientos de la concordia tienen dos condiciones: la actitud totalitaria, la idea de que todo es políticamente relevante; y el incremento del poder de los medios de comunicación, que hace posible que los virus «prendan» y se extiendan a grandes porciones de una sociedad, considera Marías.

En España tenemos un ejemplo histórico de convivencia cívica y pacífica: la Transición a la democracia, tras los cuarenta años de dictadura. Se logró, explica Julián Marías, gracias al respeto a la realidad, el respeto al otro, y el considerar que para la convivencia no es precisa la unanimidad, ni siquiera un acuerdo absoluto.

El hecho de que la única misión de un partido sea «oponerse» a otro es una perversión de la democracia.

En política hay partidos distintos y divergentes, que tienen programas distintos, que proponen a los ciudadanos, sin embargo hay una zona amplísima de cuestiones en que deben coincidir, porque se trata de problemas comunes y que requieren medidas coherentes.

En ese proceso tuvo un importante papel el cuidado de la palabra, «la calidad de lo que se dijo». Lo contrario de lo que ocurrió en la Guerra Civil, en la que «los dos bandos no podían soportar lo que decían los otros». Se produjo una irracional intolerancia a la retórica de los adversarios, que se convirtieron en enemigos implacables. En tanto que en la Transición, subraya el filósofo, con pocas excepciones, «se habló con mesura, corrección, miramientos, respeto a la verdad. Desde las palabras del Rey en los primeros momentos hasta la conducción del enorme proceso de transformación, la veracidad y la cordura imperaron» **N R**

Leer aquí el artículo completo

